

Mary W. Shelley

Frankenstein
o el moderno Prometeo

Traducción de Francisco Torres Oliver

ALIANZA EDITORIAL

Título original: *Frankenstein or the Modern Prometheus*

Diseño de cubierta: Elsa Suárez Girard/www.elsasuares.com

Dibujos: © Shutterstock (imagewriter; Kate Mácate)

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



© de la traducción: Francisco Torres Oliver

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 1981, 2021

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15

28027 Madrid

www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-1362-368-9

Depósito legal: M. 7.304-2021

Printed in Spain

SI QUIERE RECIBIR INFORMACIÓN PERIÓDICA SOBRE LAS NOVEDADES DE
ALIANZA EDITORIAL, ENVÍE UN CORREO ELECTRÓNICO A LA DIRECCIÓN:

alianzaeditorial@anaya.es

Did I request thee, Maker, from my clay
To mould me man? Did I solicit thee
From darkness to promote me?

Paradise Lost

Introducción de la autora para la edición de Standard Novels

Los editores de Standard Novels, al seleccionar *Frankenstein* para una de sus colecciones, me han pedido que les facilite algún dato sobre el origen de este relato. Accedo a ello con mucho gusto, porque así daré una respuesta general a la pregunta que tan frecuentemente me han hecho: «¿Cómo, siendo yo una jovencita, llegué a pensar y dilatar una idea tan tremenda?» Es cierto que soy muy contraria a ponerme a mí misma en letra impresa; pero como esta nota va a aparecer como apéndice de otra anterior, y se va a limitar a cuestiones relacionadas con mi calidad de autora solamente, apenas puedo culparme de cometer una intrusión personal.

No es extraño que, como hija de dos personas de distinguida celebridad literaria, pensara muy pronto en escribir. De pequeña, ya garabateaba: mi pasión predilecta era «escribir cuentos». Sin embargo, tenía un placer más querido que este: hacer castillos en el aire, dedicarme a soñar despierta, seguir aquellos derroteros del pensamiento que tenían por tema la formación de una secuencia de incidentes imaginarios. Mis sueños eran a la vez más fantásticos y agradables que mis escritos. En estos, yo no era sino una estricta imitadora que hacía lo que habían hecho otros, más que consignar las sugerencias de mi propio cerebro. Lo que escribía iba destinado al menos a otros ojos: los de la amiga y compañera de mi

niñez; pero mis sueños eran totalmente míos; no se los contaba a nadie: eran mi refugio cuando me enfadaba... y mi mayor satisfacción cuando me sentía libre.

De niña viví principalmente en el campo, y pasé bastante tiempo en Escocia. Visité con frecuencia los lugares más pintorescos; pero tenía mi residencia habitual junto a las orillas vacías y lúgubres del Tay, cerca de Dundee. Ahora las califico de vacías y lúgubres; entonces no eran así. Eran el nido de la libertad, la región placentera donde, inadvertida, podía conversar con las criaturas de mi fantasía. En aquel entonces escribía..., pero en un estilo de lo más vulgar. Fue bajo los árboles de los parques pertenecientes a nuestra casa, o en las peladas faldas de las cercanas montañas, donde nacieron y se criaron mis auténticas composiciones, los vuelos etéreos de mi imaginación. No me erigí en heroína de mis cuentos. La vida me parecía un motivo demasiado vulgar en lo que a mí se refería. No podía imaginar que fueran jamás a tocarme en suerte desventuras románticas ni acontecimientos maravillosos; pero no me sentí reducida a mi propia identidad; podía poblar las horas con creaciones mucho más interesantes para mí, a esa edad, que mis propios sentimientos.

Después, mi vida se hizo más ajetreada, y la realidad ocupó el lugar de la ficción. Mi marido, no obstante, estaba desde un principio muy ansioso porque demostrase que era digna de mi familia y me inscribiese en las páginas de la fama. Me incitaba constantemente a que alcanzase prestigio literario, cosa que en aquel entonces me gustaba; aunque después me he vuelto infinitamente indiferente a todo eso. En aquella época, él quería que escribiese, no tanto con idea de que produjese algo digno de llamar la atención, sino a fin de poder juzgar hasta dónde prometía yo mejores cosas para el futuro. Sin em-

bargo, no hice nada. Los viajes y los cuidados de la familia me ocupaban todo el tiempo, y toda la actividad literaria que acaparaba mi atención se reducía al estudio, bien en forma de lecturas, bien perfeccionando mis ideas al comunicarme con su mente, muchísimo más cultivada.

En el verano de 1816 visitamos Suiza y fuimos vecinos de lord Byron. Al principio, pasábamos nuestras horas agradables en el lago, o vagando por la orilla; y lord Byron, que estaba escribiendo el canto tercero de *Childe Harold*, era el único que pasaba al papel sus pensamientos. Estos, tal como nos los iba exponiendo sucesivamente, vestidos con toda la luminosidad y armonía de la poesía, acuñaban como divinas las glorias del cielo y de la tierra, cuyas influencias compartíamos con él.

Pero el verano resultó húmedo y riguroso, y la incesante lluvia nos confinaba a menudo durante días. En nuestras manos cayeron algunos volúmenes de relatos de fantasmas traducidos del alemán al francés. Entre ellos estaba la *Historia del amante inconstante*, el cual, creyendo abrazar a la novia a la que había dado su promesa, se descubría en brazos del pálido fantasma de aquella a la que había abandonado. Estaba el cuento del malvado fundador de su estirpe cuya desdichada condena consistía en dar un beso mortal a todos los hijos de su predestinada casa, precisamente al llegar estos a la pubertad. Su figura gigantesca y sombría, vestida como el fantasma de *Hamlet*, con armadura completa pero con la visera levantada, fue vista a medianoche, bajo los oportunos rayos de la luna, cuando avanzaba lentamente por la avenida. Su silueta se perdió bajo la sombra de las murallas del castillo, pero poco después chirrió una verja, se oyó una pisada, se abrió la puerta de la cámara, y avanzó hasta el lecho de los sonrosados jóvenes, sumidos en saludable sueño. Un dolor infinito se acumuló en su rostro

al inclinarse a besar la frente de los niños, que al punto empezaron a marchitarse como flores tronchadas sobre el tallo. No he vuelto a ver esos relatos desde entonces, pero tengo sus peripecias tan frescas en la memoria como si las hubiese leído ayer.

–Vamos a escribir cada uno un relato de fantasmas –dijo lord Byron; y aceptamos su proposición. Éramos cuatro. El noble autor comenzó un cuento, cuyo fragmento publicó al final de su poema *Mazeppa*. Shelley, más inclinado a plasmar sus ideas y sentimientos en el esplendor de la brillante imaginiería y la música del más melodioso verso que adorna nuestra lengua que a inventar el mecanismo de una historia, empezó un relato basado en experiencias de la primera etapa de su vida. Al pobre Polidori se le ocurrió una idea terrible sobre una dama con cabeza de calavera, castigada de ese modo por espiar por el ojo de una cerradura. He olvidado qué es lo que vio; algo tremendamente espantoso y maligno, por supuesto; pero una vez reducida a una condición peor que la del famoso Tom de Coventry, no sabía qué hacer con ella, y no tuvo más remedio que mandarla a la tumba de los Capuleto, único lugar apropiado. Los ilustres poetas, incómodos con la trivialidad de la prosa, abandonaron en seguida su antipática tarea.

Yo también me dediqué a *pensar una historia*; una historia que rivalizase con las que nos habían animado a abordar dicha empresa. Una historia que hablase a los miedos misteriosos de nuestra naturaleza y despertase un horror estremecedor; una historia que hiciese mirar en torno suyo al lector amedrentado, le helase la sangre y le acelerase los latidos del corazón. Si no lograba estas cosas, mi historia de fantasmas sería indigna de tal nombre. Pensé y medité... pero sin resultado. Sentía esa vacía incapacidad de invención que es la mayor desdicha del

autor, cuando a nuestras ansiosas invocaciones responde la penosa Nada.

—¿Has pensado una historia? —me preguntaban cada mañana; y cada mañana me veía obligada a contestar con una mortificante negativa.

Todo debe tener un principio, para decirlo con palabras de Sancho, y ese principio debe estar vinculado a algo que lo precede. Los hindúes afirman que el mundo lo sostiene un elefante, pero hacen que al elefante lo sostenga una tortuga. La invención, hay que admitirlo humildemente, no consiste en crear del vacío, sino del caos; en primer lugar hay que contar con los materiales; puede darse forma a oscuras sustancias amorfas, pero no se puede dar el ser a la sustancia misma. En todas las cuestiones de descubrimiento e invención, aun en las que pertenecen a la imaginación, se nos recuerda continuamente la historia de Colón y su huevo. La invención consiste en esa capacidad de aprehender las posibilidades de un tema; y en poder moldear y formar ideas sugeridas por él.

Muchas y largas fueron las conversaciones entre lord Byron y Shelley de las que fui oyente fervorosa, aunque casi muda. En el curso de una de ellas discutieron diversas doctrinas filosóficas, entre otras la naturaleza del principio vital, y la posibilidad de que se llegase a descubrir tal principio y conferirlo a la materia inerte. Hablaron de los experimentos del Dr. Darwin (no me refiero a lo que el doctor hizo realmente, o dijo que hizo, sino, más en relación con mi tema, a lo que entonces se decía que había hecho), el cual tuvo un trozo de fideo en una caja de cristal hasta que, por algún medio extraordinario, empezó a moverse merced a un impulso voluntario. No era así, sin embargo, como se infundía vida. Quizá podía reanimarse un cadáver; el galvanismo había dado

pruebas de tales cosas; quizá podían fabricarse las partes componentes de una criatura, ensamblarlas y dotarlas de calor vital.

La noche menguaba con esta charla, e incluso había pasado la hora de las brujas, antes de que nos retirásemos a descansar. Cuando apoyé la cabeza sobre la almohada, no me dormí, aunque tampoco puedo decir qué pensaba. Mi imaginación, espontáneamente, me poseía y me guiaba, dotando a las sucesivas imágenes que surgían en mi mente de una viveza muy superior a los habituales límites de la ensoñación. Vi —con los ojos cerrados, pero con la aguda visión mental—, vi al pálido estudiante de artes impías, de rodillas junto al ser que había ensamblado. Vi el horrendo fantasma de un hombre tendido; y luego, por obra de algún ingenio poderoso, manifestar signos de vida, y agitarse con movimiento torpe y semivital. Debía ser espantoso; pues supremamente espantoso sería el resultado de todo esfuerzo humano por imitar el prodigioso mecanismo del Creador del mundo. El éxito aterraría al propio artista; huiría horrorizado de su odiosa obra. Confiaría en que, abandonada a sí misma, se apagaría la leve chispa de la vida que había infundido; en que este ser que había recibido tan imperfecta animación se resolvería en materia inerte; y así pudo dormir, en la creencia de que el silencio de la tumba extinguiría para siempre la existencia efímera del horrendo cadáver al que había juzgado cuna de la vida. El estudiante está dormido, pero se despierta; abre los ojos; mira, y descubre al horrible ser junto a la cama; ha apartado las cortinas y lo mira con sus ojos amarillentos, aguanosos, pero pensativos.

Abrí los míos con terror. La idea se apoderó de tal modo de mi mente que me recorrió un escalofrío de miedo, y quise cambiar la horrible imagen de mi fantasía

por realidades de mi alrededor. Todavía las veo: la misma habitación, el parque oscuro, las contraventanas cerradas con la luna filtrándose a través, y la impresión que yo tenía de que el lago cristalino y los blancos y elevados Alpes estaban más allá. No pude librarme tan fácilmente de mi espantoso fantasma; seguía presente en mi imaginación. Debía tratar de pensar en otra cosa. Recurrí a mi historia de fantasmas... ¡mi tediosa, desafortunada historia de fantasmas! ¡Ah! ¡Ojalá lograra inventar una que asustase a mi lector como me había asustado yo esa noche!

Veloz y animada como la luz fue la idea que se me ocurrió. «¡La encontré! Lo que me ha aterrado a mí aterrará a los demás; solo necesito describir al espectro que ha visitado mi almohada a medianoche.» A la mañana siguiente anuncié que *había pensado una historia*. Empecé ese día con las palabras: «Una lúgubre noche de noviembre», consignando estrictamente los tremendos terrores del sueño que me había despertado.

Al principio pensé escribir unas pocas páginas, un cuento corto; pero Shelley me insistió en que desarrollase más la idea. Ciertamente, no debo a mi esposo la sugerencia de una sola idea, ni siquiera de un sentimiento; sin embargo, de no ser por su estímulo, jamás habría recibido la forma en que ha salido a la luz. De esta aclaración debo exceptuar el prefacio. Que yo recuerde, lo escribió enteramente él.

Y ahora, una vez más, pido a mi horrenda criatura que salga al mundo y que prospere. Siento afecto por ella, pues fue el fruto de unos días felices, en que la muerte y el dolor no eran sino palabras que no encontraban verdadero eco en mi corazón. Sus diversas páginas hablan de muchos paseos, muchos viajes y muchas conversaciones de cuando yo no estaba sola, y mi com-

pañero era alguien a quien no veré más en este mundo. Pero esto es para mí; a mis lectores no les incumben estas asociaciones.

Solo añadiré unas palabras sobre las alteraciones que he introducido. Son principalmente de estilo. No he cambiado parte alguna del relato ni he introducido ideas ni circunstancias nuevas. He corregido el lenguaje donde era tan soso que mermaba el interés del relato; esos cambios aparecen casi exclusivamente al principio del primer volumen. En los demás, se limitan a aquellas partes que son meras adherencias de la historia, dejando intactos su fondo y su sustancia.

M. W. S.

Londres, 15 de octubre de 1831

Prefacio

El suceso en el que se basa este relato no es considerado imposible por el Dr. Darwin y algunos tratadistas alemanes de fisiología. No debe suponerse que yo esté ni lo más remotamente de acuerdo con semejante fantasía; sin embargo, al adoptarla como base para una obra de ficción, no he pensado limitarme a tejer una serie de terrores sobrenaturales. El hecho del cual depende el interés de la historia está exento de las desventajas del mero relato de espectros o de encantamientos. Está avalado por la novedad de las situaciones que desarrolla, y aunque imposible como hecho físico, proporciona a la imaginación un punto de vista desde el cual delinear las pasiones humanas de manera más amplia y vigorosa de lo que puede permitir cualquier relación de hechos verídicos.

Así, he procurado conservar la verdad de los principios elementales de la naturaleza humana, si bien no he vacilado en innovar sus combinaciones. La *Ilíada*, poesía trágica de Grecia, Shakespeare en *La tempestad* y *El sueño de una noche de verano*, y muy especialmente Milton en *El Paraíso perdido*, se ajustan a esa regla; y el más humilde novelista que aspire a proporcionar u obtener alguna distracción con su trabajo puede aplicar sin presunción, en las creaciones en prosa, esta licencia, o más bien esta regla, de cuya adopción han resultado tantas combinaciones exquisitas de sentimientos humanos en los más altos ejemplos de poesía.

La circunstancia en la que se apoya mi relato surgió de una conversación casual. Empezó en parte como un modo de distracción, y en parte como un recurso para ejercitar todas las parcelas inexploradas de la mente. A medida que avanzaba la obra, vinieron a incorporarse otros motivos. No soy en absoluto indiferente al modo en que afectan al lector las tendencias morales existentes en los sentimientos y personajes que en ella se contienen, cualesquiera que sean; sin embargo, mi mayor interés a este respecto se ha centrado en evitar los efectos enervantes de las novelas de hoy día, y en poner de manifiesto la bondad del afecto familiar, y la excelencia de la virtud universal. No debe suponerse de ningún modo que las opiniones que emanan naturalmente del carácter y situaciones del protagonista corresponden siempre a mis propias convicciones; ni hay que extraer la conclusión de que las páginas que siguen presuponen doctrina filosófica alguna.

También le interesa a la autora resaltar que empezó esta narración en la majestuosa región donde se sitúa principalmente su escenario, y en compañía de aquellos a los que no puede dejar de echar de menos. Pasé el verano de 1816 en las cercanías de Ginebra. La estación era fría y lluviosa, nos reuníamos por la tarde en torno a un buen fuego de leña, y a veces nos distraíamos con algunos relatos alemanes de fantasmas que habían caído en nuestras manos. Esos cuentos despertaron en nosotros un deportivo deseo de imitación. Otros dos amigos (cualquier relato debido a la pluma de uno de ellos sería infinitamente más aceptable para el público que lo que yo pueda llegar a crear jamás) y yo acordamos escribir un relato, cada uno fundado en algún suceso sobrenatural.

El tiempo, sin embargo, mejoró de repente; y mis dos amigos me dejaron, emprendieron un viaje por los Al-

pes, y en esos grandiosos escenarios se olvidaron por completo de sus visiones fantasmales. El relato que sigue es el único que ha quedado completo.

Marlow, septiembre de 1817

Carta primera

A la Sra. Saville, Inglaterra

San Petersburgo, 11 de diciembre de 17...

Te alegrará saber que no ha acompañado ninguna desgracia al comienzo de una empresa que veías con tan malos augurios. Llegué aquí ayer; y lo primero que hago es confirmarte, querida hermana, mi buena salud y mi confianza cada vez mayor en el éxito de esta misión.

Me encuentro ya muy al norte de Londres; y al pasear por las calles de Petersburgo, siento en las mejillas la fría brisa que me vigoriza los nervios y me llena de satisfacción. ¿Comprendes este sentimiento? Esa brisa, que ha recorrido las regiones hacia las que me dirijo, me anticipa el sabor de esos climas helados. Alentado por este viento prometedor, mis sueños se vuelven más fervientes y vívidos. En vano trato de convencerme de que el polo es la morada de los hielos y la desolación; la imaginación siempre me lo presenta como la región de la belleza y el deleite. Allí, Margaret, el sol es eternamente visible, con su ancho disco orillando justo el horizonte y difundiendo un constante resplandor. Allí –pues con tu permiso, hermana, quiero depositar alguna confianza en los anteriores navegantes– no existe la nieve ni las heladas; y navegando por un mar en calma, podemos arribar a una tierra que supera en maravillas y belleza a todas

las regiones del globo habitable hasta ahora descubiertas. Sus productos y peculiaridades pueden no tener igual, dado que los fenómenos de los cuerpos celestes acontecen indudablemente en esas soledades ignotas. ¿Qué no puede esperarse de un país de días eternos? Quizá pueda descubrir allí la fuerza portentosa que atrae la aguja y pueda calibrar mil observaciones celestes que solo requieren un viaje para volver coherentes para siempre sus supuestas extravagancias. Satisficé mi ardiente curiosidad contemplando una parte del mundo jamás visitada, y tal vez pise una tierra que nunca ha hollado la planta del hombre. Éstas son mis tentaciones, suficientes para hacerme vencer el miedo al peligro y a la muerte, y animarme a iniciar este difícil viaje con el gozo que siente el niño al embarcar en un bote con sus compañeros de vacaciones y emprender una excursión de descubierta por su río natal. Pero aun suponiendo que sean falsas todas estas conjeturas, no puedes negar que proporcionaré un beneficio inestimable a la humanidad entera, hasta la última generación, descubriendo un acceso cercano al polo para llegar a esos países cuya comunicación requiere hoy tantos meses de viaje, o averiguando el secreto del imán, cosa que, de ser posible, solo puede llevarse a cabo mediante una empresa como la mía.

Estas reflexiones han disipado la agitación con que había empezado la carta, y siento que el corazón me arde ahora con un entusiasmo que me eleva a los cielos; pues nada contribuye tanto a sosegar la mente como un propósito firme, un punto en el que el alma pueda fijar su mirada intelectual. Esta expedición ha sido el sueño predilecto de mis años jóvenes. He leído con ardor los relatos de los diversos viajes que se han hecho con idea de llegar al océano Pacífico Norte a través de los mares

que rodean el polo. Quizá recuerdes que la biblioteca de nuestro buen tío Thomas se reducía a una historia de todos los viajes de descubrimiento. Mi formación ha sido descuidada; sin embargo, he tenido una apasionada afición a la lectura. Estudié esos volúmenes noche y día, y conocerlos hizo que me aumentase la tristeza que había sentido de niño, al saber que la última voluntad de nuestro padre prohibía a tío Thomas concederme permiso para abrazar la vida de marino.

Sin embargo, estas visiones se borraron cuando leí por primera vez a aquellos poetas cuyas efusiones me transportaban el alma, elevándome a los cielos. Me convertí en poeta yo también, y durante un año viví en un Paraíso de mi propia creación: imaginé que también yo podría conseguir un nicho en el templo donde están consagrados los nombres de Homero y de Shakespeare. Conoces muy bien mi fracaso y lo duro que me resultó el desencanto. Pero precisamente por entonces heredé la fortuna de nuestro primo, y mis pensamientos volvieron al cauce de su antigua inclinación.

Han transcurrido seis años desde que decidí acometer mi actual empresa. Aun ahora puedo recordar el momento a partir del cual me consagré a esta gran misión. Empecé por acostumbrar el cuerpo a las penalidades.

Acompañé a los balleneros en varias expediciones al mar del Norte; soporté voluntariamente el frío, el hambre, la sed y la falta de sueño; a menudo trabajaba más que el resto de los marineros durante el día, y dedicaba mis noches al estudio de las matemáticas, de la teoría de la medicina, y de aquellas ramas de las ciencias físicas de las que puede sacar provecho práctico un aventurero de la mar. Dos veces me enrolé como segundo oficial en un ballenero de Groenlandia, desempeñando admirablemente mi cometido. Debo confesar que me sentí

orgulloso cuando el capitán me ofreció el puesto de segundo en el mando de su barco, y me pidió con el mayor interés que me quedase; tan valiosos consideraba mis servicios.

Y ahora, querida Margaret, ¿no me merezco realizar un gran viaje? Mi vida podría transcurrir en la comodidad y el lujo; pero he preferido la gloria a todas las tentaciones que la riqueza ha colocado en mi camino. ¡Ah, ojalá me contestase que sí una voz alentadora! Mi valor y mi resolución son firmes; pero las esperanzas vacilan, y el ánimo decae con frecuencia. Estoy a punto de proseguir un viaje largo y difícil, cuyas vicisitudes requerirán toda mi fortaleza; me veo obligado no solo a elevar el ánimo de los demás, sino a mantener muy alto el mío cuando desfallezca el de mis compañeros.

Ésta es la época más favorable para viajar por Rusia. Aquí los trineos vuelan veloces por la nieve; tienen un movimiento delicioso, y en mi opinión, son muchísimo más agradables que las diligencias inglesas. El frío no es excesivo si uno se abriga con pieles..., indumentaria que he adoptado ya; porque hay una gran diferencia entre andar por la cubierta, y permanecer sentado durante horas sin hacer ningún ejercicio que evite que la sangre se le hiele a uno en las venas. No tengo ningún deseo de perder la vida en el trayecto de San Petersburgo a Arkangel.

Dentro de un par de semanas o tres saldré para esta última ciudad; tengo intención de fletar allí un barco, cosa que puede hacerse fácilmente pagando un seguro al armador, y contratando a los marineros necesarios entre los que están acostumbrados a la pesca de la ballena. No tengo intención de hacerme a la mar hasta el mes de junio; ¿cuándo regresaré? ¡Ah, querida hermana, cómo poder contestar a esa pregunta? Si tengo éxito, pasarán

meses, muchos meses, quizá años, antes de que volvamos a vernos. Si fracaso, me verás pronto, o no me volverás a ver.

Adiós, mi querida y excelente Margaret. Que el cielo derrame bendiciones sobre ti, y me proteja, a fin de poder testimoniarte una y otra vez mi gratitud por todo tu cariño y tus bondades.

Tu afectuoso hermano,

R. Walton